





# **EL VIGÍA DEL CABO SUR**

Guardianes del faro

VOLUMEN I

**Fernando Blanco Vicente**

© 2025 Fernando Blanco  
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse o transmitirse, en forma alguna ni por ningún medio, electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Esta obra es una novela de ficción inspirada en la historia familiar del autor. Los personajes, hechos y lugares han sido creados o modificados con fines narrativos. No debe interpretarse como una descripción real de personas o acontecimientos.

Publicado por Fernando Blanco  
Primera edición, 2025  
ISBN: 9798271209840

Impreso por Amazon Kindle Direct Publishing (KDP)  
[www.amazon.com](http://www.amazon.com)

*A los que estaban antes*



## PREFACIO

En enero de 2009 llegué a Irlanda.

Me instalé en Dublín con las reservas de quien aterriza en un país nuevo, sin certezas ni puntos de anclaje. Apenas llevaba unos días cuando la suerte me condujo hasta Galway. No conocía a nadie. Nadie me conocía a mí.

Era sábado por la noche. Caminé sin rumbo por el centro. Crucé el Spanish Arch, bajé hacia el río, y más tarde avancé por Grattan Road hasta acabar, casi sin quererlo, en Salthill, frente al océano, en el punto exacto donde hoy se levanta el Famine Ship Memorial.

Allí me detuve. No sé cuánto tiempo pasó. El frío calaba los huesos, la humedad se pegaba a la piel, pero el tiempo no resultaba del todo desapacible.

Delante de mí, el Atlántico. Sobre el agua parpadeaba la luz roja de una baliza automática, la única señal de actividad en el viejo faro de Mutton Island,

deshabitado desde hacía décadas. A mis espaldas, un país entero que aún no era el mío. Me sentí solo, pero no perdido. Era una soledad elegida. Una de esas que no negocian respuestas.

No sé si aquella noche nació esta historia. Lo que sí sé es que, desde entonces, cada vez que he vuelto a ese momento, he sentido que, allí, sentado en silencio, con la mirada extraviada en la inmensidad del océano, algo me esperaba más allá de la línea del horizonte.

Hoy regreso a ese recuerdo con una novela entre las manos. Una historia que ocurre en Snail Island, una isla imaginada justo en el lugar hacia donde miraban mis ojos aquella fría noche de invierno.







## PRÓLOGO

El faro de Diamond Hill ardía con furia descontrolada. El calor extremo hizo estallar el cristal de la linterna, y una lluvia de esquirlas se precipitó sobre el promontorio rocoso. La torre se había convertido en una chimenea despiadada, escupiendo fuego y humo: lenguas de llamas lamían la piedra y la cal se desprendía a pedazos. La escalera de metal brillaba al rojo vivo, y el aire, espeso, apestaba a queroseno.

En la base del edificio yacía el cuerpo semiinconsciente del farero, Padraig McKenna. Un hilo de sangre le recorría desde la nuca hasta el cuello. Permanecía en la misma posición en la que había caído minutos antes, tras recibir el impacto letal. Inmóvil, ajeno al infierno desatado a su alrededor.

Por momentos, el humo invadió sus pulmones y empezó a toser. Un sonido seco, intermitente, apenas perceptible entre el estruendo de la madera al colapsar.

Afuera, se escucharon dos voces:

—¿Has oído eso?

—¿El qué?

—Ha tosido. Está vivo.

—¿Qué dices, Liam? No me jodas, dijiste que no tenía pulso. Larguémonos de aquí.

—Te juro que lo he oído toser. Hay que sacarlo, se está quemando vivo.

—¿Pero estás loco? Vámonos cuanto antes, recuerda lo que nos dijo Thaddeus: «Haced lo que tengáis que hacer».

—Pero, Jake...

—Pero nada. Yo me largo, Liam. Esto se ha puesto muy feo.

Liam se giró una última vez hacia la torre ardiendo. Por un instante, creyó ver una criatura gigantesca hecha de llamas, con las fauces abiertas, plantada en el umbral, con la mirada fija en él. Una viga incandescente cayó ante sus ojos y bloqueó la entrada. Atemorizado, dio un paso atrás, se volvió y corrió con su compañero. El rugido del fuego ahogó los pasos de los dos hombres al huir.

En aquel mismo instante, en la aldea pesquera de Lowharbour, a los pies de la colina, Nora Gallagher se despertó de repente, con el pecho agarrotado. Una sensación extraña la había arrancado de su sueño. Saltó de la cama y cruzó el pasillo a tientas hasta la habitación de

su hijo. El pequeño Brendan dormía. Nora contuvo el aliento un segundo, cogió el primer chal que encontró a su paso y salió atropelladamente de la casa. La puerta de entrada quedó golpeando en un vaivén estremecedor.

Se dirigió al embarcadero. La luna llena gobernaba la bahía. El mar estaba en calma. Pero aquella serenidad, lejos de tranquilizarla, la atravesó como una daga afilada. Algo no iba bien. Se giró hacia la aldea. Un resplandor anaranjado, antinatural, le cruzó el rostro. No era la luz del faro. Era otra cosa. Por instinto, levantó la vista hacia Diamond Hill.

Entonces lo vio todo.

De pronto, un silencio absoluto la invadió. Un zumbido punzante, como un pitido en el centro del cráneo, la aisló del mundo. Ni siquiera podía desmayarse. Salió corriendo descalza hacia la senda abrupta que serpenteaba por los acantilados hasta la base del faro. La misma que su marido había recorrido tan solo unas horas antes, como cada anochecer, para cumplir con su servicio nocturno a la bahía. Ascendió tramo a tramo, pero, al llegar a la cima, el calor del fuego era tan intenso que le impidió avanzar. Cayó de rodillas ante aquella escena imponente, con la piel encendida por el resplandor. Con un último arresto de fuerza, apretó con rabia la tierra que tenía bajo sus manos. Después, sus labios, temblorosos, comenzaron a rezar.

Dentro, el incendio se había adueñado de todo. Las paredes crujían y el techo comenzaba a rendirse. Las llamas avanzaban sin tregua, devorando cada rincón. Solo el cuerpo del farero permanecía intacto, como si el fuego se contuviera el tiempo necesario en una muestra ancestral de respeto ante el dolor.

Padraig seguía sin moverse. El golpe había sido definitivo, y la pérdida de sangre era cada vez más acusada. Tosió una vez más. Su conciencia se encendió apenas un instante, como un destello en la oscuridad. Buscó aire. Abrió los ojos y los volvió a cerrar. Por momentos recordó a su hijo Brendan dormido, arropado en su cama, sereno y sonriente, tal y como lo había dejado aquella misma noche cuando se despidió de él.

Después, sintió una caricia cálida en la mejilla, una presencia familiar que le hizo girar la cabeza, como si aún pudiera ver. Intuyó la mirada dulce de Nora, inclinada hacia él, tendiéndole la mano con ternura. Por primera vez en mucho tiempo, no sentía miedo. Solo calma. Solo el abrazo eterno de Nora que lo transportaba a una profunda paz. Pasaron unos segundos, y se hizo un silencio absoluto a su alrededor.

—Sweet Nora... —alcanzó a pronunciar.

Todas las palabras cuentan





## CAPÍTULO 1

### ¿Quién conoce Snail Island?

**S**nail Island no era un lugar fácil de encontrar. No aparecía en todos los mapas. Los que sabían de ella contaban que la isla podía moverse con las mareas; por eso, a quienes de allí alguna vez partían les era tan difícil regresar.

A veces, la niebla la cubría tanto que hasta las colinas parecían desaparecer. Otras veces, bajo una luz suave, los caminos de tierra se dibujaban solos, como si la isla eligiera a quién se quiere mostrar.

Aquel lunes de otoño de 1927, cuando el último bote cruzó la bahía, el viento traía un olor distinto. Era algo lejano, como un recuerdo que nadie sabe nombrar.

La vieja *currach*, de armazón de madera y lona alquitranada, había zarpado de Darren's Point al mediodía. Era una embarcación sobria y resistente, usada desde siempre en la costa oeste de Irlanda por pescadores y contrabandistas. A bordo, cinco pasajeros acompañaban

al bueno de Morgan Breen, el único marinero en la isla que todavía se atrevía a cubrir el trayecto entre Shadow Bay y Darren's Point sin mirar el cielo.

Llevaban más de tres horas en el mar cuando el casco rozó el embarcadero y se detuvo con un impacto seco. La madera, húmeda y gastada, respondió con un crujido apagado. Morgan lanzó el cabo y lo anudó al poste de amarre con la naturalidad de quien lo ha hecho cientos de veces. En lo alto, un grupo de gaviotas giraba de forma pausada bajo el cielo gris, como si su vuelo dibujara un antiguo ritual de bienvenida.

El puerto de Shadow Bay no era más que un espigón de piedra desgastada, prolongado sobre una ensenada estrecha que recogía el mar con mansedumbre. Unas pocas barcas, la Branna, la Maeve Mhilis y la Rún Mara, dormitaban atadas a los postes del pequeño muelle mientras se batían contra la plataforma en un vaivén desacompasado. Al fondo, junto a un pequeño cobertizo de redes, se alzaba el mástil oxidado de una grúa manual y, más allá, una caseta cerrada hacía mucho, donde aún se leía, desvaído, el letrero «Comhar na Trá», la antigua sociedad de costas.

Del bote bajaron primero Linda y Fred, quienes cargaban unas cuantas maletas. Ella puso pie en tierra con la sensación de alguien que despierta tras un largo sueño. Él, de gesto más serio y mirada alerta, parecía

resistirse a reconocerse, otra vez, en el lugar que tenía ante sus ojos.

Linda había nacido en la isla, y en las calles de piedra y barro de la aldea aún parecía oírse el eco de sus risas de niña. Ahora, con treinta y cuatro años recién cumplidos, todavía conservaba esa frescura en el rostro y una melena rubia que caía en suaves ondas sobre los hombros. Fred, unos meses menor que ella, no era originario del lugar; sin embargo, había pasado allí su infancia. Llegó a la isla con apenas tres años, y sus recuerdos más tempranos también estaban ligados a aquellas cabañas dispersas. Tiempo atrás se habían marchado juntos, compartiendo el deseo de saber qué vida los esperaba al otro lado de Cuan na Gaillimhe, la amplia extensión de agua que separa Snail Island del continente. Hoy también regresaban juntos, pero esta vez lo que compartían era una familia a la que cuidar y algunos silencios.

Volvían como los nuevos fareros.

El viejo faro del cabo Sur, tras años dormido, necesitaba ponerse en servicio para dar cobertura a la bahía. Antes del verano, la asamblea de los Commissioners of Irish Lights, desde su sede en Dún Laoghaire, al sur de Dublín, había acordado reactivarlo tras mucho tiempo abandonado. El moderno faro de Diamond Hill, doce millas al norte, había quedado totalmente arrasado la trágica noche en la que fue alcanzado por un rayo. No quedó más remedio que despertar al antiguo vigía de la

colina sur de su largo descanso e invitar a unos nuevos habitantes a hacerse cargo de él. Y, aunque nadie lo dijo durante aquella asamblea, todos sabían que ese viejo tozudo no se dejaba habitar por cualquiera.

Dara, una *border collie* inquieta de pelaje rojizo, saltó del bote y olfateó el aire, con desconfianza. La mancha blanca de su pecho, en forma de media luna, temblaba al compás de su vaivén atropellado.

Con ellos viajaban dos niños.

Ringo, de nueve años, movimientos rápidos y mirada curiosa, revisó por última vez la vieja brújula que su padre le había regalado justo antes de avistar el puerto. Luego recogió su peculiar cuaderno de bitácora, lo sujetó bajo el brazo y se preparó para pisar tierra firme.

Pol, dos años menor y algo más tranquilo, aguardaba sentado una señal para bajar. Tenía los ojos casi vencidos por el cansancio, pero su rostro mostraba la serenidad de quien no tiene prisa por llegar. Con la mano en el bolsillo, acariciaba un pequeño reloj de cuerda al que llamaba Rock, cuyo tictac suave parecía seguir el mismo ritmo pausado que marcaba su propio pulso.

Linda se acercó a ayudarlo. Pol bajó con cuidado, aferrado a la mano de su madre.

Se hizo un breve silencio. La marea golpeaba con suavidad los laterales del muelle. Desde su posición en la *currach*, Morgan se agachó y abrió un compartimento en la proa. Movié con cuidado una red enrollada, apartó

una lona húmeda y extrajo un pequeño paquete envuelto en lino claro y atado con un cordel. Secó el paquete con su chaqueta y lo extendió hacia Linda, que se encontraba junto a él, al borde del muelle.

—Es la llave del faro —dijo mirando a Fred—. Me comunicaron los de la Irish Lights que fuera yo el que os la entregara.

Linda la tomó sin vacilar. La envoltura estaba húmeda. La sostuvo un instante y luego se la pasó a su marido. Fred la guardó en el bolsillo interior del abrigo, con gesto seco. Morgan cruzó la mirada con Linda por un instante. No sonrió. Solo murmuró algo apenas audible.

—Buena suerte, Bright.

Luego volvió a su sitio y se puso a recoger.

El grupo echó a andar hacia la aldea. Justo antes de abandonar el muelle, Ringo se volvió por última vez hacia la barca.

—Gracias, señor.

Morgan alzó la barbilla a modo de respuesta, sin apartarse del remo. Al bajar la mirada, Ringo reparó en una inscripción tallada en la barca. Con el tiempo, las capas de pintura se habían cuarteado. Entre las grietas asomaban con nitidez diez letras sobre la madera.

*Black Irish*

—¿Por qué le puso ese nombre? —preguntó.

Morgan se acomodó el cabo sobre el hombro y respondió sin rodeos.

—No fui yo quien lo puso. La barca no es mía. Es de un buen amigo que me deja usarla mientras la guardo.

En aquel momento, una ráfaga de viento los obligó a alzar la vista. El cielo estaba cerrado de gris. Y allí, en lo alto de la colina, apenas visible entre la niebla, el faro parecía observarlos.

—¿Visteis esa luz? —preguntó Pol intrigado señalando hacia la torre.

Un destello blanco había brillado por un segundo.

Ringo frunció el ceño. No era posible. No había nadie en el faro, y la linterna llevaba años apagada. Mamá así se lo había explicado el día que les hablaron del traslado.

—Habrà sido un reflejo —dijo Fred sin darle mayor importancia.

Linda, en cambio, se detuvo un instante e inclinó levemente la cabeza en dirección al faro. Luego se ajustó el bolso, cargó con una maleta en cada mano y siguió caminando detrás de Fred.

En la aldea, tres figuras observaban su avance. Desde la distancia, custodiaban con discreción cada paso sobre las tablas desgastadas del embarcadero.

La primera era la del viejo Tom, de rostro curtido y brazos aún firmes. Estaba sentado en su banco de siempre junto al almacén de redes, con la caña apoyada en la

baranda y unas gafas rotas sobre las rodillas. Cuando vio bajar a Linda, a Fred y a los niños, se quitó la gorra y la sostuvo unos segundos contra el pecho. Luego se la colocó de nuevo, y siguió observando.

Muy cerca, en una casita baja de tejado de pizarra con vistas directas al puerto, dos mujeres mayores, Tess y Cler, también seguían la escena. Dentro olía a pan de plátano recién horneado. El fuego crepitaba en la chimenea, y una taza de té humeaba sobre la mesa.

Tess, de ojos vivaces y manos suaves, permanecía de pie junto al ventanal, con una bufanda a medio tejer entre los dedos. Al ver a Linda pisar el muelle, su expresión cambió sutilmente, los ojos se le iluminaron por dentro y un suspiro muy pequeño le recorrió el pecho. No dijo nada, solo observó, con la intención de guardar cada uno de los pasos en su memoria.

Cler, sentada más atrás, secaba un cuenco con un paño limpio. Hacía como que no miraba. Pero sí miraba: la espalda de Fred, el gesto de Pol al bajarse del bote, la forma en que Ringo abrazaba su cuaderno. A pesar de la niebla, que hacía tiempo empezaba a asentarse en su memoria, creía ver en ellos algo familiar. Los ojos de Cler no eran tan expresivos como los de Tess, pero permanecían atentos. Muy atentos.

Cuando Ringo levantó la vista de forma fugaz hacia los cristales, Tess cerró la cortina con delicadeza, como quien guarda algo de mucho valor. Cler se levantó, se

acercó a la chimenea y avivó el fuego; luego volvió a su asiento y siguió secando una y otra vez el mismo cuenco. Toda la casa pareció contener el aliento.

Ni el viejo Tom, ni Tess, ni Cler se acercaron a dar la bienvenida a los recién llegados, pero tampoco apartaron la vista de ellos un solo instante, hasta que los vieron desaparecer entre la bruma, camino del faro.

Así eran las cosas en aquellas tierras. No había necesidad de muchas palabras. A Snail Island, algunos regresaban cuando era su momento. Y nadie preguntaba de dónde venían.

Mientras subían la colina hacia el faro del cabo Sur, el sendero se estrechaba entre muros bajos de piedra y matas de espino. El trayecto era de unas tres millas. A un lado, los prados descendían hacia el mar, punteados por pequeñas arboledas; al otro, la ladera subía desnuda, cubierta apenas por cardos y pasto bajo, retorcido por el viento. La tierra, húmeda pero firme, cedía lo justo bajo sus botas.

Nadie hablaba. Solo se oía el roce de las suelas en la grava, el jadeo corto de Dara unos metros más adelante y el sonido del aire soplando en ráfagas cortas, como si un muro invisible tratara de interrumpir su avance.

De pronto, Pol se detuvo. Miró hacia atrás y no vio a nadie. Pero, por un instante, tuvo la sensación de que no estaban solos.

—Vamos, Pol —dijo Ringo tirándole de la manga.



El niño siguió caminando sin mirar otra vez. Bajó la vista al suelo y no se separó ya de su hermano.

Cuando alcanzaron el faro, Fred sacó la llave que Morgan les había entregado. Era de hierro, con el mango algo combado. Encajó en la cerradura sin resistencia. La puerta de madera se abrió con un gemido largo, dejando escapar un olor a salitre, roble y humo antiguo. «De nuevo ese olor», pensó Fred.

El faro del cabo Sur estaba construido sobre la colina de Bréanainn, justo donde la tierra terminaba en un corte seco contra el mar. Desde abajo, la torre de piedra se alzaba con casi veinte metros de altura.

Junto a ella, se encontraba la casa de los fareros. Era baja, de una sola planta, con techos inclinados y paredes gruesas. Por dentro tenía lo justo para vivir: una cocina pequeña unida a una sala con chimenea, dos dormitorios estrechos, una despensa y un aseo sencillo.

En ese mismo nivel se abrían otras dos estancias: un almacén, donde se alineaban cuerdas enrolladas, latas de aceite, herramientas y cristales de repuesto, y una sala de mapas con una pequeña librería donde se acumulaban cartas náuticas, cuadernos antiguos y libros forrados en cuero que esperaban con paciencia a ser consultados.

En la parte trasera de la vivienda, una puerta conducía a la sala del generador, un cuarto ventilado hacia el exterior donde descansaba el motor que pronto volvería a

alimentar la linterna. Funcionaba con queroseno, y su zumbido, al ponerse en marcha, se hacía sentir en toda la casa.

Al otro lado, tras un corto tramo de escalones con pasamanos metálico, se ubicaba el cuarto de mecanismos, un espacio estrecho donde descansaban engranajes, ejes y contrapesos diseñados para hacer girar la vieja lente Fresnel. Solo desde esa sala, a través de una angosta escalinata de caracol, se accedía a la torre donde aguardaba, inmóvil, la linterna.

La entrada principal de la vivienda daba a la cocina. Fred fue el primero en cruzar el umbral, tanteando con la mano una repisa junto a la puerta. Localizó una lámpara de aceite, aún con el cristal ahumado. La encendió y la dejó sobre la mesa. Después, abrió el respiradero superior de la sala y corrió una de las contraventanas para dejar pasar más luz. Un haz pálido de tarde cayó en diagonal hacia el suelo.

Linda dejó las maletas cerca de la entrada, pasó la mano por el marco de la puerta, como quien acaricia la frente de alguien que duerme, y avanzó hacia el interior. Un estremecimiento leve le recorrió los brazos.

—¿Fred, puedes encender el fuego? Los niños deben de estar helados —murmuró sin girarse.

Fred asintió con un leve movimiento de cabeza. Fue hasta el almacén, removió algunos tablones. Encontró,

unas astillas secas aún útiles. Regresó a la cocina, limpió el hogar con una vieja pala y encendió el fuego.

Linda retiró una sábana polvorienta de una banqueta, la sacudió hacia un lado y la dobló con cuidado. Luego abrió una alacena baja, revisó el interior con la mano y la cerró de un golpe seco. «No está tan mal», se dijo a sí misma.

A su lado, Ringo ya había abierto su cuaderno. Caminaba con atropello y anotaba con detalle todo lo que veía: la chimenea, los muebles polvorientos, una caja abierta con cristales extraños. A sus ojos, cada objeto guardaba un secreto por descubrir.

Unos pasos atrás entró Pol. Se paró en medio de la estancia, hizo una respiración profunda, sacó a Rock de su bolsillo y se lo acercó al oído.

El tictac se oía firme, como una voz diminuta que le decía que todo estaba en su sitio.

Dara se adelantó, dio una vuelta breve por la sala, olfateó cada rincón y al final se acomodó junto a la chimenea recién encendida.

«Aquí empieza todo», anotó Ringo.

Fuera, el viento soplaba cada vez más fuerte. La niebla se cerró por completo sobre la colina y, durante un instante, el faro del cabo Sur pareció retroceder treinta años en el tiempo.